

día de los orientales y de su gobierno. Estos plátanos, que deberían conservarse con particular cuidado, como posadas naturales, para las necesidades de las caravanas, están abandonados á la estúpida imprevisión de los que se guarecen bajo su sombra; los Arabes encienden la lumbre al pié del sicomoro, y la mayor parte de estos hermosos árboles tienen el tronco todo ennegrecido y tajado por la llama de las hogueras. Nuestra pequeña caravana se estableció debajo de uno de aquellos magestuosos sicomoros, y pasamos la noche embozados en nuestras capas y tendidos sobre una estera en un rincón del kan.



4 de octubre 1852.

Salimos esta mañana del kan, y, al cabo de algunas horas de camino por las rápidas pendientes del Líbano, llegamos á las graciosas aldeas que se hallan á mitad de la cuesta. Allí desaparece toda la aspereza de las montañas, y se anda por espacio de dos horas, en medio de los collados mas risueños y mejor cultivados que es posible imaginar. Este país se parece á la Toscana: pequeñas tapias sostienen por todas partes azoteas de tierra donde las vides y los árboles se

entrelazan, cubriendo de sombra, sin impedir las florecer, cosechas de todo género. Estas colinas están salpicadas de aldeas, donde todo anuncia el orden, la paz, el trabajo, la riqueza; las casas, ó por mejor decir, los castillos de los jeques, los dominan como nuestros castillos góticos dominaban en otro tiempo nuestras villas y lugares: inmensos conventos de monges maronitas ocupan las cimas de los collados como fortalezas. Se ve entrar y salir á los monges que conducen el arado por los campos, ó van á recoger la hoja de las moreras. Los Arabes, sin distinción de sexo, van á trabajar tranquilamente á los prados, y nos miran pasar sonriéndose como admirados de nuestros trages europeos. El jeque y sus principales servidores estan generalmente sentados sobre una alfombra á la puerta de su castillo ó bajo un gran sicomoro en mitad del camino; el jeque está fumando y nos hace un saludo poniendo la mano sobre su corazón y diciéndonos: ¡*Sala el kaer!*! Bendito sea el día para vosotros, viageros!

Llegamos en fin al llano, que atravesamos bajo una bóveda de verdura formada por los largos cañaverales, las palmas, las higueras, las vides y las moreras de que está cubierto. De cuando en cuando una casa aislada de cultivador árabe ó greco-sirio sale de aquella espesa enramada; los

muchachos juegan con los carneros de Siria de ancha cola delante de la puerta; hermosas jóvenes, con la cara descubierta, llevan sus cántaros de agua sobre la cabeza, y el padre y la madre trabajan, al pie de las moreras, en aquellas hermosas telas de seda de mil colores cuyos hilos atan de un arbol y que tejen andando á su sombra. La Escocia, la Sajonia, la Saboya, la Suiza no presentan al viagero mas escenas de vida, de ventura y de paz que las faldas de estas montañas del Líbano donde no se espera uno á encontrar mas que tribus bárbaras.



5 de octubre 1852.

He hallado á mi muger y á mi hija en buena salud y ocupadas en adornar y hermostear nuestra residencia de invierno. He pasado algunos dias con ellas antes de salir para la Palestina y el Egipto. Ibrahim-Bajá ha alcanzado una victoria decisiva en Homs, avanza hácia la Caramania, y pasará el Tauro arrollando á los Turcos; ya no hay ninguna inquietud en cuanto á la tranquilidad y la seguridad de este pais: viajaré sin ningun cuidado por lo que mas amo en este mundo. Nuestros nuevos amigos de Berut, los señores

Bianco, Jorelle, Faren, Laurella, Abost, proveerán, en mi ausencia, á cuanto pueda ocurrir. Voy á organizar definitivamente mi caravana, y me pondré en camino apenas la primera lluvia calme el calor de treinta grados que hace ahora en la costa de Siria.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



